



EL NAVEGANTE DE LA ETERNIDAD
RICARDO SECILLA

PREFACIO

La oscuridad que cubría la ciudad de Esmerail tan solo era salpicada por las tenues luces de las lámparas que resplandecían desde el otro lado de las ventanas, y por algún que otro lejano relámpago.

Delon, sentado en el suelo de un sucio callejón, observaba como todo se movía a su alrededor. Se puso en pie con dificultad y después de dar un vacilante paso volvió a caer al suelo.

No recordaba cómo había llegado hasta allí, aquella noche había sido como eran todas las noches para él desde hacía varios años. Casi siempre gastaba todas las monedas, que ganaba durante el día mendigando y cometiendo pequeños hurtos, en algún antro de mala muerte del que terminaba siendo invitado a salir a patadas.

Estaba tan borracho que no sintió dolor cuando recibió entre los hombros un fuerte golpe que lo hizo caer, dejándole la cara aplastada contra el mugriento suelo. Unos brazos lo levantaron con brusquedad. Dos hombres, ataviados con el uniforme del ejército de Esmerail, lo sujetaban mientras un tercero lo abofeteaba con suma violencia.

—Asqueroso mendigo —dijo este último—, sabes que hay toque de queda. Vas a pasar la noche en un calabozo.

Casi sin ser consciente de lo que hacía, Delon dio una arcada, lanzando un torrente de vómito contra la coraza de cuero del guardia, haciendo que este se enfureciera hasta el extremo de golpearlo una y otra vez con tanta saña que la cara de Delon quedó muy hinchada y cubierta por una sanguinolenta máscara purpúrea. Cuando los cómplices del agresor liberaron al maltrecho mendigo este se desplomó inerte.

—¿Está muerto?

—No importa —dijo el que lo había golpeado mirándose la coraza con un gesto de repugnancia—. No era más que un borracho nauseabundo, nadie va a echarlo en falta.

De pronto el cuerpo de Delon comenzó a sacudirse con temblores y convulsiones muy desmedidas, como un muñeco de trapo en las fauces de un perro rabioso. Se puso en pie de un salto y se limpió la sangre de los ojos. Un relámpago iluminó el rostro del mendigo durante un corto instante, lo suficiente como para que los guardias pudieran distinguir una mirada, tan desproporcionada de locura e ira, que los dejó por un momento paralizados.

Cuando el que lo había golpeado se recuperó de la conmoción inicial desenvainó su espada y atacó. Delon evitó todos los golpes con una habilidad que no correspondía a alguien ebrio, hasta que ejecutando un ágil movimiento se situó tras su atacante rompiéndole el cuello y arrebatándole la espada.

Todo había pasado tan rápido que los otros dos no tuvieron tiempo de reaccionar. Vieron atónitos como aquel mendigo ebrio empuñaba con su mano izquierda la espada, que momentos antes había pertenecido a su compañero, mientras los miraba con una siniestra sonrisa que helaba la sangre.

Cuando los dos hombres se decidieron a atacar cayeron fulminados por unos movimientos tan rápidos que apenas tuvieron tiempo para defenderse.

Delon dejó caer la espada y examinó sus manos ensangrentadas mientras la hoja de bronce chocaba con el húmedo suelo manchándolo de rojo.

De repente, echó a correr por las calles de la ciudad como un demente, hasta que su errática carrera le llevó frente a la entrada de un templo seligiano, donde se detuvo.

Después de mirar el edificio durante un instante dio un alarido inhumano que derivó en una carcajada demencial...